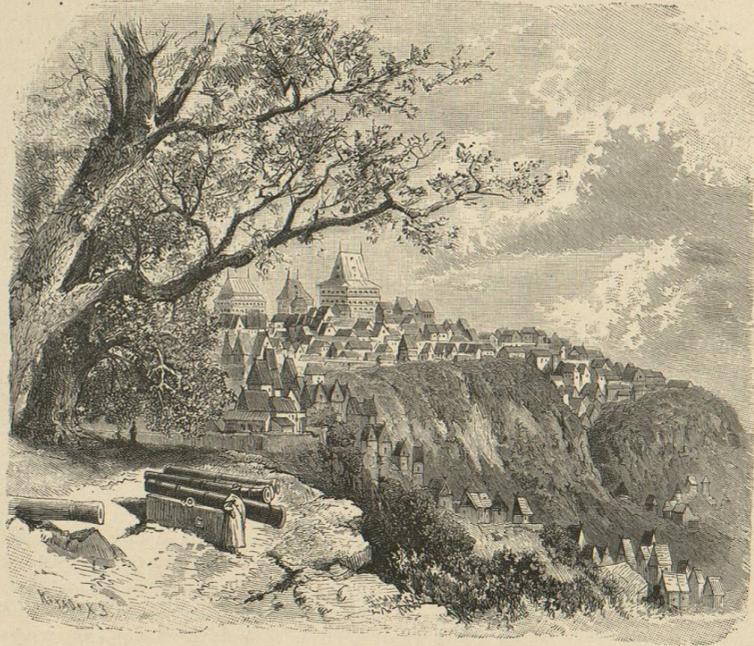


tivamente sosteniendo que los habitantes de la isla que no están en contacto con los hovas hablan un idioma distinto por completo; únicamente allí en donde dominan los hovas y en donde el idioma de éstos se ha mezclado con el de los demás habitantes ha nacido de esta unión un dialecto que tiene reminiscencias con el idioma malayo: así opina, entre los modernos viajeros, Audebert. En cambio Ellis y con él la mayoría de los misioneros dicen simplemente que el idioma de las comarcas apartadas es distinto del de los hovas pero se hace entender de éstos; en otros términos: en la isla no hay más que dialectos y éstos son

tan parecidos al de los hovas que todos los madagascarenes logran, aunque con alguna dificultad, entenderse entre sí. Schulze sostiene que los sakalavos del Sud y los antonosis hablan el mismo idioma y al decir Dinomé «que en Madagascar hay dos idiomas principales, el de los sakalavos y el de los betsimarakas, cuyos vocabularios tienen, sin embargo, dos terceras partes de palabras iguales,» esta distinción deriva de la misma idea fundamental que por de pronto también nosotros consideramos como verdadera. Nadie ha podido hasta ahora poner seriamente en duda el carácter esencialmente malayo que ofrecen muchos dia-



Antananarivo, capital de los hovas (de una fotografía)

lectos madagascarenes y entre ellos, en primera línea, el que hablan los hovas; lo único que se ha procurado es reducirlo á cortas proporciones. Estas opiniones se han manifestado en la misma tendencia que hemos visto seguir á Crawford y á Wake cuando hablábamos de los caracteres corporales y etnográficos y no ven en las mezclas malayas más que fragmentos accidentalmente introducidos en un idioma de carácter completamente ajeno al malayo. Enfrente de estas dudas acerca de la afinidad de los idiomas madagascarenes y malayos merece consignarse que las nueve palabras que Wallace en su *Malay Archipelago* cita como tipos de la más extensa difusión en 59 idiomas malayos son todas madagascarenes. Además, Dumont d'Urville ha procurado demostrar, contando las palabras, que existe gran analogía entre los idiomas polinesios y los madagascarenes, y siguiendo por este camino que no deja de ofrecer alguna duda, encontró que la semejanza entre los idiomas polinesios y los madagascarenes y malayos era igual respecto de unos y otros, al paso que resultaban mucho más parecidos entre sí el malayo y el madagascarés. De todas maneras, este último no sólo acusa una procedencia del territorio lingüístico malayo, sino que, además, la afinidad aparece extensiva, por lo menos con igual intensidad, á la lengua poli-

nesia, de tal manera que el más reciente cultivador de la lengua madagascarena, el reverendo Cousin, la considera como un desenvolvimiento independiente de la misma familia lingüística á la que pertenecen en calidad de miembros más jóvenes los dialectos malayos y polinesios.

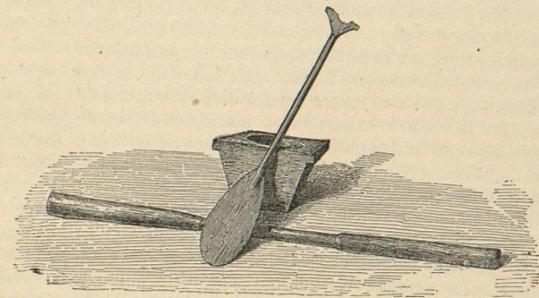
La realidad de los hechos nos ofrece, pues, la presencia simultánea en Madagascar de elementos de población africanos y sudasiáticos fundada en los caracteres corporales que aquí se encuentran y también, aunque menos claramente, en los idiomas que en la isla se hablan. Si consultamos los caracteres etnográficos que podrían contribuir á arrojar cierta luz sobre la formación de esta mezcla de pueblos, veremos que tiene importancia la existencia de la ganadería que se nos aparece en la misma forma y con la misma raza de bueyes que en el Este de Africa; la agricultura, en cambio, presenta más afinidad con la de las comarcas del Sud de Asia, puesto que en ella predomina el cultivo del arroz, de la caña de azúcar y de algunos arbustos como la *Colocasia esculenta* (taro), siendo de notar que esta última planta se cultiva más que en ninguna otra parte en el Este al paso que el cultivo de la primera alcanza su grado máximo en el Oeste, es decir, aquella prevalece entre los hovas y ésta entre los sakalavos. Es

digno de notarse como cosa rara la poca aplicación que para los vestidos tienen las pieles de animales de uso tan generalizado entre los ganaderos africanos, hecho que no basta á explicar el uso general de los tejidos de rafia. Las telas de corteza aparecen en esta isla como en Polinesia y en el interior de Africa. Entre las armas de los madagascarenes falta el cuchillo arrojado de los africanos; para la fundición del hierro vólense aquellos insulares del fuelle de plumas que es de carácter genuinamente sudasiático y malayo. En Madagascar encontramos, como entre los malayos y los africanos, el parentesco de consanguinidad. La costumbre del tabú, que aquí lleva el nombre de *fadi*, nos recuerda á los malayos por más que no aparezca tan extremada como entre éstos (véase la pág. 630). La vida política presentaba un corte completamente africano hasta que se presentaron los hovas, los cuales, con el auxilio de los europeos, acabaron por ser la gran potencia de Madagascar. En punto á religión se notan huellas sudasiáticas y africanas, bien que sobresaliendo mucho más las primeras. De modo que la impresión general resultante de las observaciones etnográficas es análoga á la que se deduce de los estudios lingüísticos y puede resumirse en los siguientes términos: mezcla malayo-africana pero, por punto general, con preponderancia del elemento malayo.

A este resultado no ha podido llegarse más que por la confluencia de los pueblos, procedentes de distintos países, de que aquí se trata, pues así lo demuestran los caracteres corporales. Tal como se nos presentan las cosas, nos hemos de imaginar esta confluencia del modo siguiente: los africanos, privilegiados por la proximidad de su continente, fueron los primeros habitantes de la isla afluyendo á ella los malayos y otros pueblos de las costas oriental y septentrional del Océano Indico que poco á poco se confundieron con aquéllos; en cuanto á los hovas y á sus afines, su pureza relativa hace suponer que fueron los que llegaron últimamente. La hipótesis de una inmigración malaya única debe ser rechazada, lo propio que la que quiere atribuir á la misma un carácter fortuito, puesto que se trata de una afluencia prolongada que nos lleva á la hipótesis de un tráfico continuo é íntimo de los malayos con los territorios del Océano Indico, tráfico que pudo muy bien ser consecuencia del elevado estado de cultura que antiguamente alcanzaron los malayos en la India Posterior. Lo que no puede asegurarse es si este tráfico se realizó atravesando diagonalmente el Océano ó si se hizo á lo largo de las costas.

El estado actual de la navegación entre los africanos del Este se opone, en sentir de la mayoría de los etnógrafos, á la admisión de la idea de una emigración voluntaria de las tribus orientales de Africa, pero hay que tener en cuenta que los instrumentos y el conocimiento de la navegación no constituyen elementos permanentes en un pueblo, como nos lo demuestran innumerables ejemplos en Polinesia y en los territorios asiáticos habitados por los malayos, siendo esta de todas las conquistas de la cultura la que con mayor facilidad se pierde cuando los pueblos abandonan el elemento que la navegación les pone en condiciones de dominar. ¿Por ventura no se ha visto á muchos y grandes pueblos civilizados descender de la soberanía marítima de que algún día disfrutaran? ¡Recuérdese que los sirios y los berberiscos se llamaron en otro tiempo fenicios y cartagineses! No podemos aceptar, para facilitar la solución de este problema, la afirmación que sienta Hilde-

brandt al decir que «antiguamente pudo contar esta colonización de pueblos con muchas más islas volcánicas en el canal separador de Mozambique que fueron para ellos otros tantos arcos de puente, como actualmente lo prueban las Komores.» ¿Por qué, si esto fué así, no encontraron este camino los activos africanos en sus expediciones más felices que las que en otro tiempo intentaron los sakalavos á la patria de sus antepasados? La historia demuestra que á este pueblo no le falta valor, por lo menos, para lanzarse á los mares en sus frágiles embarcaciones: sakalavos eran los 6000 hombres que, en 1816, se apercibieron á conquistar con sus 250 lanchas el Fuerte Ibo de los portugueses (Mozambique) distante de sus residencias 300 millas marítimas; cierto que esta escuadra fué completamente destruída por una tempestad que estalló durante el viaje hasta el punto de que sólo 60 embarcaciones pudieron arribar al



Mortero para machacar el maíz y remo de Madagascar (Colección Etnográfica, Stockolmo).

continente africano, pero de todas maneras este hecho es una prueba elocuente del espíritu guerrero y emprendedor de ese pueblo. Sakalavos fueron también los que en distintas ocasiones embarcados en sus débiles botes llevaron el saqueo y el asesinato á las Komores, distantes de ellos 50 millas alemanas. En cambio, sigue siendo problemática la exportación de bueyes de Africa á Madagascar; por lo menos la navegación actual de estas comarcas no puede explicarnos cómo pudiera aquella verificarse, pues en esta cuestión no se trata ya de un acto de valor y de perseverancia, como en la emigración personal, sino de una técnica naval que encontramos, es cierto, entre los árabes pero no entre los pueblos de que estamos tratando.

El número de habitantes de Madagascar ha sido evaluado en 4 ó 5 millones, cifra 15 ó 20 veces menor de lo que debiera ser en proporción á la densidad de la población de Europa. En cuanto á las cifras correspondientes á las distintas tribus, bastará decir que á la más conocida, la de los hovas, le asignan Ellis 750.000, Oliver 800.000, Grandier «más de 1.000.000» y Mullens 1.200.000 individuos. Prescindiendo de datos numéricos, puede afirmarse que la mayor densidad de población en Madagascar la encontramos en la comarca hova de Imerina (en el territorio tableado del interior) y especialmente en un circuito de 20 kilómetros alrededor de la capital, y también en algunas partes de la provincia de Betsileo, situada al Sud de aquella, y de la provincia de Bara.

Al juzgar el carácter de los madagascarenes observaremos datos muy contradictorios, pero no hay que perder de vista la diversidad de las razas que en esta isla se confundieron y las variaciones históricas de estos últimos cien años que han debido influir poderosamente en los gober-

nantes y en los gobernados. El cronista Dubois dice que los madagascarenes son «civiles y corteses» y que carecen de la brutalidad que á otras razas negras distingue; denóminalos «espirituales y finos» y afirma que se volvieron groseros y rebeldes á consecuencia del mal proceder de los europeos á quienes al principio adoraron casi como dioses. Pero Dubois, al hablar así, debía referirse más bien á los madagascarenes de color oscuro que á los blancos y no pudo ser testigo de la corrupción producida por la influencia europea que hizo expresarse á Audebert en los siguientes duros términos: «La falsedad, la mentira, el fingimiento son los rasgos fundamentales del carácter de los hovas; éstos procuran continuamente engañar.» Indudablemente el carácter hova, como el de todos los malayos, es más calculador que recto, más flexible que enérgico, más tenaz que fuerte. Sus virtudes como sus vicios dependen de cierta molición que le hace acoger con agrado las influencias extranjeras y aun el cristianismo pero que no les permite asimilarse con energía lo bueno que éste y aquéllas encierran; á esto se debe también que evite en los casos apurados dar una contestación categórica, que apele siempre á subterfugios y que procure siempre dejar abierta una puerta de escape. Aun cuando se diga que la avaricia es el pecado predominante en este pueblo y que los lazos de amistad y de familia nada significan para él cuando se trata de satisfacer su insaciable codicia, este afán por adquirir no tiene fuerza bastante para promover cuidadosos asiduos en la vida económica que podrían ser fuente de otras virtudes. Con esto concuerda desgraciadamente el hecho de que el carácter de los madagascarenes apenas pone límites al uso de las bebidas espirituosas; este vicio de la bebida ha llegado á ser histórico en Madagascar, pues á él debió un rey el ser lanzado del trono, después de lo cual los nobles impusieron á su sucesora, al empuñar el cetro, entre otras condiciones la de no beber bebidas alcohólicas que aquélla se vió obligada á jurar. Como rasgo característico saliente de la población de esta isla encontramos también el afán por vengarse que aparece especialmente marcado en la historia política. El asesinato y el envenenamiento están muy generalizados y nos traen á la memoria las costumbres malayas.

Poco puede decirse acerca de las cualidades políticas: en los hovas alienta un sentimiento exagerado de superioridad sobre las demás tribus de la isla, orgullo apenas justificado por la situación que entre éstas ocupan aquéllos. Además todos ellos aparecen unidos por un enérgico sentimiento patrio que ni en las circunstancias más difíciles sufrió el menor menoscabo. Si emigran es con disgusto y siempre regresan gozosos á sus hogares.

Del hablar al cantar no media gran distancia entre los madagascarenes que cantando y bailando curan á sus enfermos, entierran á sus muertos y manifiestan su veneración. Estos insulares sienten verdadera pasión por la música: el rey y los magnates sostienen sus orquestas que han de estar constantemente cerca de ellos. Los instrumentos que principalmente se encuentran entre ellos tienen carácter africano (véanse los grabados de las págs. 641 y 645). Es realmente extraña la gran importancia que se da á la *antsiva* (trompeta de cuerno marino) malayo-polinesia, consistente en un gran cuerno de mar de ronco sonido cuyo uso sólo está permitido á los reyes, en virtud de las leyes madagascarenes que castigan con pena de muerte á los transgresores, y que sirve para llamar á los soldados á las armas. Todas las ceremonias religiosas de los madagascarenes van acompañadas de cantos ó de danzas ó de disparos de fusil, siendo la danza la principal expresión de la pasión exaltada, lo cual armoniza perfecta-

mente con el modo de ser de este pueblo fácilmente excitable. Nada hay tan característico como el hecho de que las grandes revoluciones políticas que sordamente fermentan en el instinto político del pueblo se anuncian á menudo por medio de una especie de enfermedad de baile que se pretende fundar en la posesión de los demonios y á la que aportan un contingente de víctimas todas las clases del pueblo. Bailando se presentaron ante el palacio de Radama II los poseídos que pusieron en gran aprieto al soberano y al pueblo, constituyendo por decirlo así la voz popular contraria al gobierno que de este modo extraño expresaba su opinión. Con danzas y cantos se cura á los enfermos, desempeñando en esto una función importante el tablero de damas.

De todos los datos que acerca de los madagascarenes han llegado hasta nosotros no podemos sacar nada que nos dé una idea completa del caudal científico de este pueblo; únicamente poseemos algunas indicaciones acerca de su cronología procedentes de una época en la cual la influencia europea no había enriquecido todavía sus conocimientos científicos. El año constaba de 12 meses de 28 días cada uno distribuyéndose, además, entre aquéllos otros 28 días de manera que el año nuevo coincidiera siempre con el novilunio. Los nombres con que los hovas designan los meses son árabes, mientras que los que se usan entre las tribus de la costa están formados de palabras indígenas. Para las pequeñas fracciones de tiempo se emplean medios en extremo empíricos, así por ejemplo para indicar la longitud de un camino se cuenta por el tiempo que tarda en cocerse un puchero de arroz de determinado tamaño. Dado el escaso desarrollo de la navegación marítima no es extraño que se hable poco de la observación de los astros como medio para orientarse ó para computar el tiempo. Esto no obstante, para la siembra del arroz y para otras operaciones importantes se observa el descenso del sol á un sitio determinado, repitiéndose aquéllas cada año cuando este astro llega al mismo punto.

El traje de los madagascarenes componíase en un principio de las mismas prendas entre los hovas y los sakalavos, á saber: la faja en la cintura y el manto que en los hombres llegaba hasta las rodillas y en las mujeres hasta los pies. Este traje, tan decente como pintoresco, ha ido desgraciadamente desapareciendo en gran parte, especialmente entre los hovas, gracias á las influencias europeas; desde que en 1873 la reina permitió á sus vasallos presentarse en la corte en traje europeo, vistense á la europea todos los hovas que tienen medios para ello y los altos funcionarios son aficionados á ponerse los más ricos uniformes de gusto francés. Entre los sakalavos domina todavía la costumbre contraria; así por ejemplo, Hildebrandt habla de un embajador de un caudillo del Sud de Madagascar que, á juzgar por su andrajoso traje, debía ser un personaje de gran influencia «pues en estos territorios — dice — como en muchas partes de Africa las personas de elevado rango y de ciencia se distinguen por sus vestiduras raídas y por su discreción.»

Interesante en extremo es la diferencia de peinados de aquellas lanosas y rígidas cabelleras: los que tienen el cabello lanoso lo llevan recogido en grandes moños pudiendo aplicarse á estos hombres de cortos mechones lo que dice Mandelslo de los madagascarenes que vió en 1639: «dividen su cabello negro y enmarañado como lana de oveja en muchas trenzas pequeñas que les caen por detrás de la cabeza como colas de gatos, gustándoles extraordinariamente el cabello largo por más que ninguno de ellos pueda

ostentar semejante adorno.» Los niños suelen llevar la cabeza afeitada, pero algunas veces se les deja sin afeitar una ó dos líneas que siguen el perímetro de la región cabelluda, ó bien un bucle en la coronilla. Los hovas, los betsileos y sus afines llevan en parte el cabello corto ó se parten la raya en el centro: lo primero es obligatorio para los guerreros y para los esclavos desde los tiempos de Radama I. Los hovas de ambos sexos llevan sombreros de paja de anchas alas y se dejan crecer las uñas de los dedos meñiques imitando con esto la costumbre de los asiáticos del Este.

Los adornos como las cuentas y otros análogos abundan poco, siendo preferidos los brazaletes y las sortijas de plata ó de latón, los primeros especialmente en las comarcas en que predomina la influencia árabe, es decir, en las costas occidentales. En la nariz generalmente no se llevan adornos, pero algunas veces cuelga de ella un anillo según la moda india. Entre los sakalavos los hombres no ostentan nunca el tatuaje; en cambio muchas de sus mujeres se pican con una espina ó una aguja trazando algunos dibujos en su piel especialmente en el antebrazo en donde se ven perfiles de cruces y de estrellas y líneas onduladas. Los hovas no se tatúan pero entre las mujeres betsileas vense huellas del tatuaje en el pecho y en las espaldas. Respecto de las demás «desfiguraciones ornamentales» del cuerpo, mencionaremos la bárbara costumbre de llevar grandes clavijas atravesadas en la oreja que los sakalavos de la costa occidental han tomado de los africanos. Entre las tribus de los bosques del interior encontramos la costumbre de pintarse los dientes de negro con una pasta que Sibree denomina *laingo* sin dar de ella noticia alguna detallada; según parece sólo se pintan algunos dientes dejando otros con su blancura natural.

Los hovas, gracias principalmente á la temprana introducción de armas europeas, alcanzaron una situación dominante en una gran parte de Madagascar, obligando á las demás tribus á seguirles por este camino. Por esto se encuentran actualmente en casi todas las tribus armas de fuego y aun los guerreros de las que habitan en las más apartadas regiones llevan, además de dos venablos, un fusil. Las armas de fuego, sin embargo, no se han generalizado tanto que hayan llegado á suplantarse á todas las demás; así es que en la misma Antananarivo se encuentran todavía muchas lanzas, destrales de combate, cortos puñales y escudos de madera cubiertos de piel de búfalo. Pero únicamente son considerados *mahay*, es decir hábiles en el manejo de las lanzas, algunas tribus salvajes, principalmente los sakalavos. Como arma de tiro figura junto al arco la cerbatana que en este país tiene una forma muy parecida á la de los malayos y sudamericanos y una longitud de 2 á 3 metros. Las flechas que con la cerbatana se disparan consisten en unas astillas de bambú ó de *Phragmites* de 50 centímetros de largo, delgadas y puntiagudas, en cuya parte posterior hay adherido un taco de un palmo hecho con las fibras sedosas de ciertas semillas de asclepiadas ó con plumas finas que, impulsado por el sople, hace salir rápidamente á la flecha y la acompaña en su carrera al través de los aires.

Todos los madagascarenes acerca de los cuales tenemos noticias concretas construyen sus casas y sus cabañas según un plano fundamental que sufre muy pocas modificaciones, lo cual es una prueba más de la unidad de la población de toda esta isla desde el punto de vista etnográfico. El material que generalmente se emplea en las construcciones es la arcilla que abunda extraordinariamente en esta isla granítica; con ella se van formando capas de medio

metro de altura y algo menos de espesor y las paredes de esta suerte levantadas son muy sólidas y mantienen el calor en los espacios que encierran. Los europeos se admiran de que estos edificios duren muchos años á pesar de estar expuestos en muchas comarcas á un período de cinco meses de violentas lluvias. Como particularidad digna de notarse debemos decir que el techo no descansa sobre la pared sino sobre tres estacas; las más de las veces es casi perpendicular y alto y está cubierto con cañas ó juncos. Únicamente las casas de las personas más acomodadas de Antananarivo están cubiertas con tablas de madera delgadas y pintadas ó con ladrillos de tierra de fabricación indígena. Uno de los rasgos más característicos de estas casas son los cabriales que se cruzan en el vértice del techo y en cuyos extremos hay varias muescas y á menudo pequeñas esculturas, formando en algunas tribus copias exactas de la cornamenta del buey y ostentando en otras dichos cabriales pequeños pájaros de madera; en estos emblemas de animales se ha pretendido ver las armas ó el símbolo de la tribu respectiva. Entre los hovas, la mayor ó menor altura de los cabriales es signo del rango que ocupa el habitante de la casa: ésta tiene, por lo menos, una puerta y una ventana, pero á menudo el número de las mismas es mayor; las puertas están practicadas á medio metro sobre el nivel del suelo de suerte que para llegar á ellas se han de subir un par de escalones formados con piedras. El suelo es de barro apisonado ó de corteza de árbol batida ó de paja. Las casas están, por regla general, dispuestas de manera que la puerta mire al Oeste; la parte Este ó Nordeste de las mismas es más sagrada que las otras: en ella se guarda el fetiche y se reza. Cuando se construye una casa la colocación del pilar norte-oriental va acompañada de ceremonias especiales.

Tal es el tipo de la construcción hova que se nos presenta más completo y en parte de mayores dimensiones que en ninguna otra aldea en la capital (véase el grabado de la pág. 656). Los edificios del rey que son colosales cabañas con inmensos y puntiagudos techos, están rodeados en cada piso de un mirador asentado sobre grandes troncos de árboles que hacen las veces de columnas. La ciudad se levanta en forma de gradas y los senderos que sirven de caminos son abruptos y se encuentran en pésimo estado. Las casas no forman líneas regulares sino que están construidas sin orden alguno unas al lado de otras. Dentro de la ciudad hay algunas plazas en donde se celebran los mercados.

Las aldeas sakalavas no producen tan agradable impresión como las hovas; las pequeñas cabañas de aquéllas, diseminadas generalmente de una manera irregular á la sombra de grandes árboles están revestidas de hojas de rafia y de ravenala empleándose los troncos de mangle para las estacas que entran en la construcción de las mismas. Las cabañas son rectangulares, nunca redondas, y casi todas se levantan sobre estacas á uno ó dos metros del nivel del suelo reblandecido durante el período de las lluvias.

Todas las aldeas están amuralladas y todos los edificios de un mismo propietario están cercados por una alta y gruesa valla de caña ó de barro que impide que indiscretas miradas penetren en el interior de la vida doméstica de los sakalavos. Algunos han querido ver en esto una costumbre mahometana, pero hay una explicación histórica más satisfactoria: en efecto, mientras los hovas estuvieron divididos en una porción de pequeñas tribus, cada una de las cuales estaba en lucha con sus vecinas, en todas las alturas del país montañoso de Imerina se alzaba una aldea rodeada por un triple foso, mas apenas un gobierno fuerte puso